

CARA Y CRUZ

Por IGNACIO AGUSTI

recuerdo de una dama

IRENE López Heredia, la actriz recientemente fallecida, va ligada en nuestro recuerdo a la reconstrucción más hábil y fina que se haya hecho en nuestras tablas del mundo de Oscar Wilde. Levantina del mediodía, rubia, esbelta y elegantísima, Irene López Heredia era una de las pocas actrices españolas que podía oírse llamar «millyady» y responder a ello con actitud británica. Durante largos años formó compañía con Mariano Asquerino, y a esos años se refiere nuestra evocación. Ambos debelaron, bajo formas exquisitas, vicios y corrupciones sociales en los salones donde el diálogo agudo era contrapunto de pasiones encendidas, de ocultos volcans. En aquellos años supo la actriz trasladarnos el espíritu y también la fisonomía de un mundo social europeo, perfumado por los maticos de expresión del propio Wilde, de Deval, de Guítry, de Shaw y del que era, entre nosotros, expresión de primer orden de aquel espíritu, Jacinto Benavente.

La actriz ha muerto cuando su incontestable vocación de intérprete la había trasladado a la encarnación de un personaje trágico y terrible como el de la Celestina. Con la misma propiedad con que había llevado a la escena a una gran dama británica o a una aristócrata madrileña, puso de pie en las tablas al trágico personaje español, símbolo de un mundo aciago y peculiar. Pero a la hora de la muerte, cuando se trata de recordar a los que vivieron en toda su apostura, nosotros queremos encontrar a Irene vestida en la seda azul pálida que fue parte de su andadura y de su empaque en «La importancia de llamarse Ernesto», de Oscar Wilde.

un ladrón en la alcoba

A la hora en que escribimos estas líneas, no se sabe cuál será la conclusión del robo espectacular de joyas que, por partida doble, se ha llevado a cabo en un hotel de primer orden de Madrid. Pero, sea cual sea el resultado de las pesquisas de la policía, lo cierto es que el hecho nos devuelve a las páginas de una crónica olvidada, que no es la crónica negra de las páginas de los periódicos: la actual tiene color de topacio o de esmeralda, por lo menos en apariencia.

Los ladrones de guante blanco han dado motivo a mucha literatura. Yo mismo fui, modestamente, feudatario de esa cantera al estrenar en Barcelona, antes de la guerra, una comedia, según recuerdo, titulada «Bienaventurados los ladrones», cuya acción transcurría, nada menos, que en un balneario de Interlaken (Suiza). La obra no tuvo éxito, y no porque dejara de contener —a mi juicio y al de algunos críticos— todos los elementos de intriga necesarios, en la mezcla sentimental y policiaca que se requiere en esa clase de piezas, sino porque, sin duda, en aquella ocasión había huido el duende mágico que, en el teatro, aproxima y funde al espectador con lo que ocurre en la escena. Fue por la ausencia de ese intermediario por lo que, tras quince o veinte representaciones, tuve que resignarme a ver bajar telón definitivamente sobre mi ladrón de guante blanco. En aquellos tiempos se produjeron —aparte de la mía y con mejor éxito que ella— muchas piezas con motivo de andanzas del ladrón cosmopolita, cuyo arquetipo más brillante y afortunado en la literatura tal vez haya sido el célebre Arsenio Lu-

pin. Había una pieza de Yrísán Bernard, con un título original que no recuerdo ahora, que era verdaderamente deliciosa. Fue luego llevada a la pantalla por el gran realizador Ernst Lubitsch, con el título inglés de «Trouble in Paradise», y versión española llamada «Un ladrón en la alcoba». Kay Francis y Miriam Hopkins, junto al ladrón de alcoba, que era Herbert Marshall, nos dieron una oportunidad continuada de sonreír y de gozar durante un par de horas, en una muestra maravillosa de lo que debe ser una historia intrascendente bien narrada.

Han existido, sin duda, ladrones de alcoba, pero lo más descolante de los ladrones de alcoba es la literatura que provocaron. En cuanto a los ladrones de verdad, hace ya tiempo que han periclitado. Podríamos tener una idea bastante adecuada de lo ocurrido ahora en Madrid, si en lugar de estar en la vida cotidiana estuviéramos en el capítulo octavo de una novela de intriga. Todos los elementos para la cábala, según los módulos de Agatha Christie —naturalmente, sin el crimen—,

el fútbol y su mercado

Existe también otra ventana abierta por la que se nos van los jugadores de fútbol, algunos de los cuales, tasados en cifras, tienen el valor de una diadema de perlas y brillantes. Ahí ha ido Peiró, como antes se marcharon Suárez y Del Sol. Ahí van ellos, a cambio de millones.

Algunos clubs de fútbol —los grandes clubs de fútbol— pasan por dificultades. En algunos casos, como el Atlético de Madrid, estas dificultades son simplemente de tesorería. En otros, como en el Barcelona, la dificultad es de base económica y financiera. En cualquier caso, lo que falta es dinero.

No acabamos de entender el hecho de que falte el dinero precisamente en los grandes clubs, mientras en los modestos o de segunda fila la dificultad no existe, por lo menos con carácter apremiante. El origen de las dificultades está casi siempre en haber abordado empresas superiores al alcance económico del club. Tal es el caso del Barcelona, que se lanzó alegremente a edificar un gran estadio cuyas obras prácticamente duplicaron el costo del presupuesto inicial. Probablemente la situación económica del club de la Ciudad Condal no será remediable en las circunstancias actuales. Como es sabido, aun en el caso de que el club azulgrana llevara consigo todos los trofeos nacionales e internacionales en la temporada actual —cosa esta más que problemática— no conseguiría pagar los intereses bancarios de la deuda que tiene contraída. El caso del Atlético de Madrid es muy distinto. Lo que no obsta para que haya tenido que desprenderse de uno de sus jugadores más eficaces y más populares. El dilema es el siguiente: o se tiene campo sin tener jugadores, o se tienen jugadores sin campo.

Hasta no hace muchos años, las competiciones discurrían en términos financieros y deportivos normales. Cada club salía a su campo con un equipo dispuesto a ganar, divertía a sus «hinchas» y se volvía a los vestuarios. Ahora hay que estar, además, en la liza bancaria —con montajes administrativos gigantescos— y en la liza bolsística. Ya existen unos elementos especializados en la compraventa, caza y fichaje de jugadores; ya

están ahí, incluso la previa exhibición de las joyas en público en las jornadas anteriores a su desaparición, puestas de manifiesto en «cocktails-party» anteriores al robo. Treinta millones de pesetas en joyas son un espectáculo inolvidable. Todo ello cabía, naturalmente, en una bolsita de plástico y todo ello puede ser llevado muy bien en el bolsillo, como un paquete de caramelos.

No haremos la cábala policiaca, apta sólo para aficionados a la indagación y al «suspense». Aseguran los diarios que la policía está muy segura de llegar pronto a descubrir la verdad de ese suceso, y lo más probable es que, cuando estas líneas aparezcan tenga ya el lector una versión de desenlace definitiva sobre lo que para mí es, en esta hora, indecisión y conjetura. Tampoco tendríamos, en estas notas semanales, vocación augural. Huela o no a podrido en Dinamarca, lo cierto es que aquí, en España, necesitamos —en plan de estabilización no sólo económica, sino social y moral— que los desvelos de los investigadores sean premiados con la verdad.

existe un lenguaje cifrado que va por telegrama desde Iberoamérica a Italia, que cruza por Madrid, que se desvía a Sevilla, a Galicia o a Elche. El fútbol ya no está en los campos, y quizás por ello se edifiquen campos inmensos, babilónicos estadios que, a la postre, en algunos casos, se parecen a la Torre de Babel.

El comercio y el tráfico de jugadores corresponde a unas leyes absurdas de la improvisación y del golpe de genio —o de ingenio— no siempre comprensibles por las enormes masas humanas que pueblan los estadios y que son, en definitiva, las que deben darles vida. Así, por ejemplo, el Barcelona se desprendió de un jugador magnífico, llamado Evaristo, prácticamente por nada, mientras compraba a un jugador de resultados inseguros, llamado Re, por cantidades astronómicas; cedió a Martínez por un millón, cuando pocos meses antes había una propuesta del mismo jugador para recobrar su libertad a base de entregar al club varios millones. El Atlético de Madrid se desprende de Peiró cuando los miembros más destacados de su directiva aseguraban que la transacción no se celebraría. Nosotros no entramos ni salimos en esas anomalías crematísticas, nos limitamos a comprobar con extrañeza que lo que ocurre con el fútbol no tiene antecedente ni parangón en ninguna otra esfera del comercio humano. Y nos damos cuenta de que la improvisación, el tráfico de millones, la intemperancia en esta materia no deberían ser resueltos de manera tan expeditiva y con criterios tan elementales y fluctuantes.

Tiene algo de repulsivo el comercio con hombres, aunque éstos sean jugadores de fútbol y aunque ellos puedan meter baza en la transacción. Pero, tal como están las cosas, yo sería partidario de que el comercio de jugadores no se equiparara al usual comercio de los bienes muebles. Un jugador de fútbol es como una finca; unos son fincas urbanas, con balconada a la calle e incluso parque con surtidor de peces; otros son fincas rústicas, primarias y saneadas. Pero son fincas, para un club y para un país, y, por tanto, yo los equipararía a los bienes inmuebles y los sometería, sin el menor reparo, a la ley del suelo, que es lo que está en los estadios.